Manuel Díaz Martínez
UN POETA CUBANO DEL 50

Ángeles Mateo del Pino

> No se escribe poesía para minorías ni para mayorías. Se escribe para la vida. El destino de un poema es impredecible como el de un hombre, por más esfuerzos que se hagan para predeterminarlo. Lo del poeta es crear su propio código desde la libertad, a partir de sus convicciones y dudas, de sus esperanzas y temores, y poner su palabra en el mundo como se pone en circulación una moneda.
>
> ["Hablando de poesía", Manuel Díaz Martínez]

Manuel Díaz Martínez (Santa Clara -Cuba-, 1936) es de esos poetas que escriben para *inquietar*, *revolver* y *conmover*, que son las cualidades que, según él, debe tener la poesía. Su constante curiosidad, su deseo de indagar y el ansia de descubrir le han conducido a la palabra poética para buscar en ella una forma de liberación, un reto, una magia que le permita asomarse a lo que hay de abismo en la cotidianidad de la vida.[1] Tratando de descifrar los misterios de *su* realidad ha logrado aliviarnos la *nuestra*, pero no porque su poesía sea respuesta a enigmas universales, sino porque su escritura deviene siempre pregunta, análisis, reflexión, fina ironía que, de manera certera, nos propone que vivir es también dudar.

Desde esta perspectiva, el lenguaje poético de Manuel Díaz Martínez está ligado a un tono conversacional, coloquial o testimonial, que tiene como finalidad la de humanizar la poesía, penetrar en la vida para alimentarse de ella y demostrar así que cada cosa es ella y otra al mismo tiempo. No en vano, su maestro y amigo Eliseo Diego decía que Manuel Díaz Martínez "viene de darle la vuelta a las cosas por su costado nocturno, abriéndole los escotillones al abismo".[2]

El largo recorrido poético con el que nos ha seducido este gran escritor abarca casi medio siglo, trayecto en el cual hemos podido disfrutar de su quehacer lírico, materializado en los siguientes libros: *Frutos dispersos* (edición privada), Imprenta Arteaga, La Habana, 1956; *Soledad y otros temas* (edi-

---

[1] *Vid.* DÍAZ MARTÍNEZ, Manuel, "Hablando de poesía", en *Antología poética*. Edición bilingüe español-italiano, Bulzoni Editore, Roma, 2001, págs. 20 y 22.

[2] DIEGO, Eliseo, "Contraportada" a *Vivir es eso* de Manuel Díaz Martínez, ediciones Unión (col. Premios), La Habana, 1968.

ción privada), Imprenta Arteaga, La Habana, 1957; *El amor como ella*, Ediciones La Tertulia, La Habana, 1961; *Los caminos*, Ediciones Unión, La Habana, 1962; *El país de Ofelia*, Ediciones R., La Habana, 1965; *La tierra de Saúd*, Ediciones Unión (col. Cuadernos), La Habana, 1966; *Vivir es eso*, Ediciones Unión (col. Premios), La Habana, 1968; *Mientras traza su curva el pez de fuego*, Ediciones Unión (col. Manjuarí), La Habana, 1984; *Poesía inconclusa. Antología*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1985; *Escritos al amanecer*, Dirección Provincial de Cultura, Holguín -Cuba-, 1987; *El carro de los mortales*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1988; *Alcándara. Antología*, Ediciones Unión (col. Bolsilibros), La Habana, 1991; *Poemas*, Aula de Literatura José Cadalso, Ayuntamiento de San Roque -España-, 1992; *Memorias para el invierno*, Publicaciones del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, 1995; *Concerto grosso*. Edición bilingüe español-italiano, Associazione Hilda Guevara/Associazione Nazionale di Amicizia Italia-Cuba, Circolo di Trieste, Trieste -Italia-, 1996; *Señales de vida (1968-1998). Antología*, Ed. Visor (col. Poesía, 407), Madrid, 1998; *Antología poética*. Edición bilingüe español-italiano, Bulzoni Editore, Roma, 2001; *Paso a nivel*. Inédito y en proceso de edición español-rumano. Academia Internacional Oriente-Occidente, Rumania.

Manuel Díaz Martínez pertenece a lo que se conoce en Cuba como Primera Generación Poética de la Revolución o "Generación de los años 50". Aunque no todos los críticos se ponen de acuerdo en incluir a los mismos escritores -cosa que, por otra parte, ocurre siempre, independientemente de la generación de la que se trate-, nuestro autor figura adscrito a ella junto a un nutrido grupo de poetas cuya obra comienza en los años anteriores o iniciales al tiempo revolucionario. Éstos son Rolando Escardó, José A. Baragaño, Francisco de Oraá, Pablo Armando Fernández, Roberto Fernández Retamar y Roberto Branly, ya que para algunos investigadores ellos son los que constituyen en esencia la primera promoción en el seno de dicha generación. Por otro lado, estarían Rafael Alcides, César López, Domingo Alfonso, Otto Fernández y Luis Suardíaz, segunda promoción.[3]

[3] *Vid.* MIRANDA, Julio E., *Nueva literatura cubana*, Ed. Taurus (col. Cuadernos Taurus, nºs. 109-110), Madrid, 1971, págs. 31-74 y ARAY, Edmundo, "Introducción" en *Poesía de Cuba. Antología viva*, Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad de Carabobo, Venezuela, 1976, págs. 26-46. *Vid.* también LÓPEZ LEMUS, Virgilio, "Alcándara de la Poesía", en *Alcándara. Antología* de Manuel Díaz Martínez, Ediciones Unión (col. Bolsilibros), La Habana, 1991, pág. 7.

Como peculiaridades generales de esta generación de los años 50 la crítica ha insistido en resaltar su carácter coloquial. Aunque bien es cierto que quizá esto no sea exclusivo de esta generación cubana, sino más bien una tendencia a la poesía testimonial, hablada en tono familiar y cotidiano, que a mediados de los años cincuenta comienza a manifestarse por todo el continente.[4] Rasgos que, sin duda, no hacen más que avalar la pertenencia de Manuel Díaz Martínez a esta generación. Porque si algo caracteriza su escritura es la poética conversacional en la que no se excluye el humor y la fina ironía. La intención es siempre la misma, la reflexión y, como contrapartida, la sorpresa. De esta forma, su poesía funciona como revulsivo.

En este punto, quizá sea oportuno establecer una relación con lo que ocurre, por los mismos años, en la poesía española. No se nos escapa que las circunstancias históricas son bien distintas, mientras Cuba está en el camino de una revolución, España regresa de una decepción. La guerra civil, el exilio de gran parte de la intelectualidad y el posterior silencio represivo que impone el franquismo provocan la ruptura y el aislamiento de la cultura. No obstante, alrededor de la década del cincuenta aparece una serie de poetas que dan una especial importancia al sentido social de la poesía, en la que los valores de la vida cotidiana se resaltan desde lo personal y meditativo. Estos autores, por lo general jóvenes, representan el compromiso con su realidad hasta llegar incluso a la protesta. De ahí que, partiendo de la conciencia crítica e histórica que se impone este grupo, conocidos como "generación del medio siglo", se haya denominado a esta escritura de "poesía social". Sin embargo, como señala la crítica,[5] no debe hablarse de forma monolítica de esta generación sino que habría que distinguir, por lo menos, dos momentos. Uno primero, más próximo al testimonio. Otro, posterior, de carácter ético, en el que se insiste menos en la problemática colectiva y se ahonda más en el individuo, aunque siempre con un sentido generalizador y crítico: profundizar en el hombre para aludir a los hombres. Todo ello en el marco de una polémica vigente en esta época: la función poética. Así se discute sobre el papel que debe desempeñar la poesía, como comunicación o como conocimiento, dos aspectos dis-

[4] ARROM, José Juan, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1963, pág. 23.

[5] SANZ VILLANUEVA, Santos, *Historia de la literatura española*. Vol. 6/2: *El Siglo XX. Literatura actual*, Ed. Ariel, Barcelona, 1984, pág. 393.

tintos, pero íntimamente ligados en la teoría y en la práctica escritural de los años cincuenta.

En la misma línea, siguiendo con esta discusión, tal vez sea conveniente retomar lo que, al respecto, señala Manuel Díaz Martínez: "Jean Cocteau dijo que la poesía es útil, pero que él ignoraba para qué servía. ¿Y para qué sirven la novela, la música, la pintura...? ¿Cómo 'funciona' en usted un buen poema? En mí suele funcionar como un revulsivo, y a veces hasta como un reto. [...] lo mejor para que un poema 'funcione' es no asignarle ninguna función".[6]

Desde esta perspectiva Manuel Díaz Martínez ha creado su propio código poético y ha puesto a circular su palabra en el mundo. La fuerza provocadora que presenta su poesía es lo que la hace ser más humana y, por ende, más universal. Su original observación de la realidad, el constante juego de luces y sombras al que nos somete, es lo que ha hecho que su escritura nos haga sonreír y meditar a partes iguales. En este sentido, el poder creativo de esta poesía radica en que no es de ésas que calman al poeta, como apuntaba Enrique Lihn, sino de aquellas que toman, a los ojos del hablante, el aire de la duda, un aspecto equívoco.[7]

Grosso modo, este carácter analítico-reflexivo, este fino sentido del humor de Manuel Díaz Martínez, que no es más que su propia y particular forma de encarar la vida, es lo que podemos apreciar en los poemas que hacen su presencia en esta revista.[8] Su *grave humorismo* -expresión que él mismo acuñara para referirse a Jorge Luis Borges- nos revela que estamos ante un poeta intelectual que conoce muy bien los gajes de su oficio. La suya es una poesía filosófica que se vale, la mayoría de las veces, de la suave risa para sobrellevar su propia insatisfacción del mundo. De esta forma, como acertadamente ejemplificaba José Lezama Lima, "el hueso quevediano se une con las brisas habaneras".[9]

---

[6] DÍAZ MARTÍNEZ, Manuel, "Hablando de poesía", en *op. cit.*, pág. 20.

[7] LIHN, Enrique, "Notas para un cuaderno sobre la literatura cubana: Sáez, De Feria, Díaz Martínez", en Revista *Unión*, La Habana, enero de 1969, pág. 221. Con este texto presentó Enrique Lihn el libro de Manuel Díaz Martínez, *Vivir es eso*, que obtuvo en 1967 el Premio Nacional de Poesía "Julián del Casal" de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Enrique Lihn integró el jurado junto a los cubanos Nicolás Guillén y Eliseo Diego, además de los españoles Gabriel Celaya y José Ángel Valente.

[8] Los poemas que aquí se recogen pertenecen al libro *Paso a nivel* (inédito).

[9] José Lezama Lima utilizó esta frase para definir la poesía de Manuel Díaz Martínez y se la ofreció como dedicatoria en un ejemplar de sus *Poesías completas. José Lezama Lima*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1970.

Todo lo que Manuel Díaz Martínez toca se vuelve poesía. No sólo los hechos más cotidianos que a primera vista pudieran resultar banales, sino aquellos otros que en la trayectoria vital devienen graves. Y en sus manos la realidad, que no por más real deja de ser menos absurda, se transforma en poesía para la vida. Por ello, cuando leemos "Mi discreto cadáver" tenemos la sensación de que el hablante lírico, aun cuando ironiza sobre su propio fin, prefigurando el mismo momento de la despedida, le da un esquinazo a la muerte y vuelve a resurgir de sus cenizas para enfrentar de nuevo el diálogo-ritual con su esqueleto. Pero a la vez, hay también mucho de nostalgia, de reconocimiento de la vida cotidiana, de esos momentos que quizá no figuran en las memorias de los grandes hombres: una colección de tardes, de mañanas y de noches, un coche, un camino, algunos mediodías... Todo eso que, como el reloj que le regala la muerte -tiempo ahora/entonces detenido-, resulta(rá) *desechable*.

Otras veces la propia muerte no será el motivo poético, sí lo será la evidencia de aquellos que se han marchado, como ocurre con "Fernando Quiñones se nos fue de viaje". Lo que le interesa al poeta no es establecer la veracidad de la muerte de Quiñones sino la de dar constancia de que el amigo vive a través de la poesía. Sea ésta la suya o la del compañero ido y el diálogo que desde ella siguen manteniendo. La muerte, que en esta ocasión se percibe como un viaje en tren, no sabe de tiempos ni de espacios, pero la amistad tampoco, parece susurrar el poeta.

Y la vida, *esa herida absurda*, que decía el tango, nos intercambia los papeles y nos pone en la piel de un perseguido o en la de un perseguidor. Desde esta conciencia en "Con la soga al cuello" el yo poético juega a "darle vuelta a las cosas" -apunta de nuevo Eliseo Diego- para reflexionar, casi sin que se note, sobre lo surrealista que resultan a veces determinadas situaciones en que *llueve al revés*.

...Y después de ese chaparrón, *amaina el temporal*, pero aunque los meteorólogos -en este caso nada más y nada menos que el mismo E. M. Cioran- nos aconsejen precauciones, nada se podrá hacer. Queda entonces, queda siempre, *goteando sobre todo/ una pertinaz melancolía*. Tal vez porque aun cuando se nos diga que a "Mal tiempo" buena cara, casi nunca deja de llover en el corazón.

Tal vez para evitar todo tipo de deserciones y decepciones no haya nada más efectivo que un buen decreto, sobre todo cuando es el yo lírico el que se inviste de zar -"Úkase"- para manifestar su resolución a los poetas.

El poeta manso, el capón y el lameculo serán los perjudicados, todos ellos recibirán castigos acorde a su condición. Porque el mandato, aunque arbitrario y tajante, lo dice bien claro: *El poeta es auriga y no caballo*. ¿No es esto una declaración de principios poéticos? ¿No alude esto a la propia función de la poesía?

Preguntas sin respuestas, porque la poesía de Manuel Díaz Martínez más que de responder se preocupa de preguntar. Tal vez como decía Jorge Luis Borges la poesía es una magia menor, pero yo, como Manuel Díaz Martínez, creo que "Lo que importa, sin embargo, no es el tamaño de esta magia, sino que es la única".[10] Y creo en él, y creo en su poesía porque tiene la capacidad de mirar y nombrar las cosas de otra manera. Y porque al hacerlo me presta un mundo que yo hago mío.

La poesía no mana del jardín, sino del jardinero,
y mana de mí, que descubro el jardín de otra manera,
que lo miro y no lo miro,
que lo nombro y no lo nombro,
que al llevarlo a mi lengua lo sumerjo en una luz y en una sombra
que jamás le dieron y nunca le darán
ni la aurora más radiante ni la noche más sombría.[11]

[10] DÍAZ MARTÍNEZ, Manuel, "Hablando de poesía", en *op. cit.*, pág. 20.

[11] DÍAZ MARTÍNEZ, Manuel, "Mínimo discurso sobre el poeta, la palabra y la poesía", en *Paso a nivel* (inédito).

Mi discreto cadáver

Tengo la sana costumbre,
por Feria y por Navidades,
de hacerle largas visitas
a mi discreto cadáver.

Siempre que voy me lo encuentro
más sabio y más saludable
y disfrutando del muere
como no disfruta nadie.

Mi cadáver atesora
una colección de tardes,
de mañanas y de noches
olvidadas u olvidables,

un coche de medio punto,
un camino de ir por partes,
dos mediodías enteros
y un sinfín de eternidades.

Cuando voy a visitarlo
—jamás con acompañante—
lo obsequio con un silencio
dividido en tres mitades.

Él me regala un reloj
de minutos desechables.
Al despedirme le digo:
Never more! Y él dice: *¡Vale!*

Con la soga al cuello

Vamos a correr,
tú como una liebre,
yo como un lebrel.

O si lo prefieres
la liebre seré.

Con la soga al cuello
tanto da ser liebre
como ser lebrel.

2

Con la soga al cuello
miramos llover,
tú sinceramente,
yo sin mucha fe.

A izquierda y derecha
llovía al revés,
y bebiste horchata,
y bebí café.

Con la soga al cuello
lo mismo da ver
que llueva de espaldas
o llueva de pie.

Fernando Quiñones se nos fue de viaje

¡Eh, Fernando!,
esta vez el viaje es bien distinto.
Este viaje es el más largo:
dura las mil noches de la eternidad.

El tren sube —¡qué bien
seguirle siendo fiel al Talgo!—
balanceándose brumosamente
sobre rieles invisibles
que atraviesan los aires de Vejer,
de Ubrique, de Arcos, de Medina,
dejando atrás, y abajo, ¿ves
las luces de El Puerto, de Tarifa?,
dejando atrás, y abajo,
Chiclana, Grazalema,
Cádiz (y, en Cádiz, la Caleta)...

Irás mirando por la ventanilla
el paisaje sideral
mientras tu último poema,
el mejor de todos
(el que nunca podemos acabar),
en esa noche que transitas
te irá brotando de los dedos
como un fax.

Ah, Fernando,
si ves a Juan Ramón le dices
que tú y yo siempre supimos
que la poesía es impura,
como lo demás.

20.XI.98

Úkase

POR CUANTO
El poeta es auriga y no caballo.
POR TANTO
El poeta manso debe ser distinguido
con un delantal y un cepillo;
al poeta capón se lo azotará en una sex-shop
con un plumero;
el poeta lameculo, de derecha o de izquierda,
deberá jinetear como Lady Godiva,
repartiendo buñuelos.

Mal tiempo

Afuera llueve demasiado, pero
por momentos amaina el temporal,
y entonces queda goteando sobre todo
una pertinaz melancolía.

Pronostican para las próximas horas
silencios torrenciales
y al final de la jornada
una mudez en forma de nieve.

Serán inútiles las precauciones
para evitar los estragos del mal tiempo,
nos comunica el meteorólogo E. M. Cioran.